

que dan quizás demasiado énfasis a la técnica jurídica. Esto se debe, sin duda, a la inevitable estrechez que impone el origen de la obra: tres conferencias dictadas en la Universidad de Yale a principios de 1956.

LINO J. SALDAÑA,

*Juez Asociado, Tribunal Supremo de Puerto Rico.*

AUSTIN RANNEY y WILMORE KENDALL, *Democracy and the American Party System*, New York: Harcourt, Brace and Co., 1956, 550 págs.

Durante las últimas dos décadas los estudiosos de las ciencias políticas en los Estados Unidos han estado discutiendo en favor y en contra del sistema de partidos norteamericano. ¿Es éste una institución efectiva del gobierno democrático? Los que contestan en la negativa sostienen que tanto el Partido Republicano como el Demócrata son descentralizados, faltos de disciplina y mal organizados, y no pueden, por lo tanto, proveer un gobierno de partido responsable. Durante las campañas electorales los partidos evaden toda discusión sobre asuntos vitales para el público norteamericano, por miedo a ofender a algún sector importante de la comunidad. Tópicos como el "Macartismo" y la segregación racial resultan embarazosos para los partidos, los cuales prefieren cantaletear sobre tópicos más generales y seguros, tales como el comunismo y la corrupción. Puesto que el partido victorioso no obtiene un mandato del pueblo y carece de cohesión, no está en posición para, en forma inteligente y responsable, formular y poner en vigor la política pública. La falta de disciplina partidaria estimula el uso del voto cruzado y causa confusión en la legislatura. Por estas razones el electorado no puede realmente exigirle responsabilidad a ninguno de los partidos por lo que el gobierno haya hecho o haya dejado de hacer.

Los defensores del sistema de partidos de los Estados Unidos señalan que el modelo británico es apropiado para un área homogénea y geográficamente pequeña, pero no para una comunidad muy variada y heterogénea que abarca todo un continente. Los partidos norteamericanos están muy bien equipados para moderar, y para efectuar innumerables arreglos de conflictos entre los grupos regionales, económicos, étnicos, raciales y religiosos que caracterizan a la política de ese país; armonizan y alientan la pluralidad, y le dan al pueblo un máximo de acceso y participación en el gobierno. Sacrificar estos dos elementos clave—la *Pluralidad* y la *Accesibilidad*—a cambio de un sistema de gobierno por partidos responsables, sería una pérdida para la

causa de la democracia. Aún más, una reorganización del sistema de partidos en base de distinciones ideológicas acentuaría la lucha de clases y pondría en peligro el proceso democrático.

Los profesores Ranney y Kendall son grandes defensores del sistema actual. En el último capítulo del libro argumentan a su favor en forma inteligente y persuasiva. Puesto que es ésta una obra mayormente descriptiva de la estructura y funcionamiento de los partidos, no es raro que los autores pospongan el "fuego de artillería pesada" hasta las últimas páginas. Sus declaraciones, no obstante, toman al lector por sorpresa debido a la interpretación de la democracia que presentan en los primeros tres capítulos. Con el fin de analizar el sistema de partidos dentro de un contexto que tenga significado, los autores bosquejaron sus ideas en cuanto a los principios ideales de un modelo democrático. Así el lector puede juzgar por sí mismo hasta qué grado el sistema de partidos está llevando a cabo una función democrática. Este enfoque hace el tópico más interesante y le añade significación. Lo sorprendente e irritante a la vez es la inconsistencia entre el modelo democrático que presentan los autores y su defensa —400 páginas más adelante— del sistema actual.

Discurriendo sobre la democracia, los profesores Ranney y Kendall sostienen que un verdadero demócrata no puede apoyar otro principio que no sea el de gobierno por mayoría absoluta. Así pues, rechazan la alegación de que en una democracia genuina deban existir ciertos derechos que ni el gobierno ni la mayoría del pueblo puedan violar. También rechazan como antidemocráticas las disposiciones constitucionales que requieren mayorías extraordinarias (dos terceras o tres cuartas partes de la votación) aun cuando el requisito esté limitado al proceso de enmendar la constitución. Las únicas limitaciones democráticas al gobierno por mayoría, dicen los autores, son las que se imponga la mayoría a sí misma.

Dada esta posición extrema en cuanto al gobierno por mayoría, se induce al lector a asumir que el análisis del sistema de partidos de los Estados Unidos será adverso al *statu quo*. Pero no. Como en las novelas detectivescas, ocurre un final sorprendente: el sistema, después de todo, vale la pena. En qué forma los autores pueden armonizar su defensa del sistema y su modelo de la democracia es un secreto que no ha sido divulgado.

Sin embargo, debemos recalcar que este libro constituye un notable paso de avance si se le compara con los textos corrientes de esta materia, principalmente porque representa una tentativa seria de analizar el sistema de partidos en términos de amplios problemas significativos para la democracia. El análisis de la estructura y funciona-

miento de los partidos es concienzudo y digno de un estudioso, y utiliza las fuentes más recientes que hay disponibles sobre el tema. Con considerable sagacidad los autores describen la organización extraoficial de los partidos, contrastándola con la formal, en un esfuerzo por llegar a la realidad de los hechos. Recomendamos esta obra a quienes buscan un texto comprensivo y bien documentado escrito dentro de un marco iluminador.

PETER BACHRACH,  
*Universidad de Puerto Rico.*

ALLAN B. COLE, *Japanese Society and Politics: The Impact of Social Stratification and Mobility on Politics*. Boston: Graduate School of Boston University, 1956. 158 págs.

En su ensayo de 1915, titulado "La oportunidad del Japón", Thorstein Veblen argumentaba que las peculiaridades del pasado feudal del Japón, permitieron a los grupos rectores de la nación industrializar el país por medio de una vasta y rápida acumulación primaria de capital. Los bajos salarios, la herencia del servilismo feudal de las masas, y el gobierno de la industria por las familias dinásticas, hizo posible el rápido, eficiente y productivo desarrollo de la economía japonesa, lo que dio a Japón una ventaja imperial por encima de otras naciones industriales. Esta ventaja competitiva sería de corta duración porque en su oportunidad las crecientes demandas por mejores salarios y mayor producción, que sería la inevitable secuela de la maduración de la industria, harían que Japón perdiera su ventaja y su oportunidad imperial. Veblen concluía diciendo: "el gobierno imperial deberá lanzar su fuerza con la mayor decisión y sin reservas, en una carrera apresurada; puesto que en la naturaleza del caso no existen segundas oportunidades".

Si bien el que convirtiéramos a Veblen en profeta, no tendría sentido, lo cierto es que los años que van de 1915 a 1940, fueron años de inmensa acumulación industrial y militar en el reino de la "Esfera de la Co-prosperidad". Fue casi inevitable que los nuevos estudiosos de los asuntos japoneses, enfocaran su atención en los grupos dirigentes que dominaban esta vasta maquinaria de dispositivos, armamentos y poder. Dos de estos distinguidos nuevos estudiosos fueron Robert A. Brady<sup>1</sup> y Hillis Lory.<sup>2</sup>

<sup>1</sup> *Business as a System of Power*, Columbia University Press, 1943; trad., *La Riqueza tras el poder*, Fondo de Cultura Económica, México, 1945.

<sup>2</sup> *Japan's Military Masters*, Viking Press, 1943.